XII.

EL MUNDO PAGANO.—EL MUNDO JUDIO.—EL MUNDO CRISTIANO.—JESUCRISTO ATESTIGUADO POR ESTOS TRES ESTADOS DEL GENERO HUMAMO.

«No es permitido á ningun hombre de bien no conocer al género humano,» ha dicho Bossuet. Y pudiera añadirse que no le es permitido no conocer al único que esplica al género humano.

Podrase conocer sin EL los hechos y las fechas; pero no se tendrá el hilo, el nudo, y el desenlace del gran drama de la humanidad en la tierra; la gran síntesis y la verdadera filosofía de la historia; estando reducido sobre este particular á conocer el *Ensayo sobre las costumbres y el espíritu de las naciones*, ó *el Cándido*; á esta degradante parodia del Espíritu del mal que se cierne sobre el caos, en el cual se complace, y hace estallar su malévola risa.

Dios esplica al mundo, y el mundo lo prueba á EL, ha dicho Rivarol. Queriendo Voltaire limitar esta primera verdad al testimonio de la naturaleza, se ha ensañado en mancillarla y en demolerla en su base: en el entendimiento humano, que solo tiene el don de concebirla, y que no puede desmentirla en sí misma sin invalidarla en la naturaleza con toda superioridad sobre esta.

Esto consiste en que necesitaba reconocer esta segunda verdad, corolario de la primera: JESUCRISTO *esplica la humanidad, y la humanidad lo prueba á él*; y en que estaba prevenido y habia tomado de antemano una resolucion contra Jesucristo, hasta sacrificar á Dios y á la humanidad á este gran ódio, no conociendo que de tal suerte establecia lo que queria destruir; la relacion tan enlazada del Teismo con el Cristianismo, que no es posible rechazar éste sin caer de aquel, y que quien es anti-cristiano, es, de hecho ateo, quiéralo ser ó no.

No hay duda que Jesucristo no brilla en la humanidad del mismo modo que Dios en la naturaleza. Pero ¿por qué? Porque la humanidad no se halla formada de igual manera que esta. Porque es libre. Porque se ha precipitado desde este gran don de la libertad que la distingue y que se le habia concedido para elevarse. «Ha sucedido en esto, dice Bossuet, como con los restos de un edificio en otro tiempo proporcionado y magnífico, que ha sido derribado actualmente en tierra, pero que conserva todavía algunos vestigios de su antigua grandeza y de la ciencia de su arquitecto (1).»

Pero si Jesucristo no brilla en ella de igual manera, no por eso aparece menor en ella, y Dios en Sí. Solamente es necesario contemplarle allí, no como Arquitecto, sino como Reparador, sin dejar de tener en cuenta esta libertad inalienable del hombre, que puede aun despues de su caida, llegar hasta obstinarse en ella, y sin embargo, levantado y realzado en el conjunto de la humanidad hasta esa grandeza que ha constituido con ella un nuevo mundo, y en tan gran número, hasta la perfeccion celestial.

El simple sentido comun, por otra parte, al cual van á parar en definitiva las cuestiones mas elevadas, se rebela á la

(1) Primer sermon para el dia de Pentecostés.

proposicion, de que parte alguna de las obras de Dios, que componen este universo regido con tal órden, sea abandonada al desórden. Esto seria inadmisible con respecto al mas ínfimo de los seres de la creacion, cuanto mas, pues, respecto del mas eminente de todos por sus facultades, del *único* que se halla dotado con esa inteligencia que resplandece en la coordinacion del universo, aproximándose por ello mas á su Autor, del hombre, en fin, que contempla el órden universal. ¡Cómo, pues, él solo habia de estar fuera de este órden! Porque si, no obstante, como es sobrado cierto, la riqueza misma de sus facultades le ha desvanecido hasta hacerle caer, y si se ha introducido el mal en él, por la puerta que quedó abierta al bien, no es posible que el desórden que de aquí se ha seguido no tenga reparacion; que no triunfe por fin el órden, y que su ley universal sufra tan monstruosa oposicion.

No solamente, debe haberse verificado esta reparacion, sino que Dios, á quien no podria considerarse como un artífice vulgar que se limita á reparar en su obra un accidente, ha debido sacar del mal un bien mayor, y hacer girar este desórden hácia un órden mayor.

Hé aquí, pues, considerando las cosas en globo, lo que el buen sentido, el juicio ilustrado sugiere á la reflexion, y he aquí precisamente lo que encontramos en Jesucristo, considerado en ese grande y distintivo carácter de *Reparador de la naturaleza humana*, debiendo tratar con nuestra libertad de muy distinto modo que lo verifica con la naturaleza.

Tal es el aspecto á que debemos aplicar nuestra atencion, atendiendo siempre al órden histórico.

Dios interviene de tres modos sobrepuestos, por decirlo así en el mundo: La Naturaleza,—la Providencia,—la Religion.

La Naturaleza, intervencion sencilla, porque es servil su sujeto, y que Dios le rige ostensiblemente por medio de leyes

constantes, que son como las riendas siempre regulares é iguales de este magnífico gobierno.

La Providencia, intervencion complicada con un elemento nuevo, la *libertad* del mundo moral, donde, aunque las leyes de este mundo sean, no solamente constantes, sino necesarias, gobierna Dios menos ostensiblemente; porque esas riendas estan por decirlo así flotantes, por la nobleza del sujeto á quien ha sido dado *agitarse*, sin que cese Dios por eso de *conducirle* como á escape.

La Religion, intervencion mas rica todavia, porque ha tenido por objeto apartar á la libertad moral de sus estravíos, por medio de un nuevo agente sobrenatural, la *Gracia*, que corrige á la naturaleza humana sin esclavizarla, hácela amar su yugo levantándola de sus caidas, y le abre una carrera cuyo premio no es menos que el mismo Dios.

Esta última intervencion implica las otras dos y las avalora lejos de perjudicarlas: la Naturaleza, como sujeto á quien enriquece en el hombre y por el hombre, su Rey; y la Providencia, por quien hace que todas las revoluciones de este mundo redunden en beneficio de sus escogidos, y vayan á parar al triunfo de su jefe, Jesucristo, mediador de todo el sistema, y á Dios que es su principio y su fin.

Pues bien, el juego y la accion de esta triple intervencion se nos aparece en la historia del género humano.

La enfermedad atestigua al médico, sin el cual, esta se agrava, que preserva de ella ó la cura.

La humanidad caida rinde de esta suerte triple testimonio á Jesucristo; el mundo Pagano, el mundo Judío, el mundo Cristiano.

EL MUNDO PAGANO.

Primeramente solo considero el *hecho*, reservando su ley.

Pues bien, el hecho, es una aberracion del género humano

de que no le hubiéramos creido capaz, si el Cristianismo hiera venido á detenerle mas pronto, y no hubiese dejado que el mal pidiera el remedio, para recibirlo y esperimentarlo mejor.

Todos conocemos esta aberracion por el contraste del mundo cristiano y del mundo pagano, que divide á la humanidad en dos fases, la una de la predominancia del mal, la otra de la predominancia del bien, en su lucha incesante en la tierra. Basta con una palabra para pintarla. Nuestros crímenes eran sus divinidades. El mal bajo todas sus formas, la intemperancia, el robo, la crueldad, la prostitucion, el adulterio, el incesto, la bestialidad, el ultraje á toda humanidad y á todo pudor, todo cuanto nosotros arrojamos á nuestros presidios, lo ponian ellos sobre sus altares. Dios solo no era Dios. El Dios personal, único y santo, cuya nocion, á un tiempo mismo sublime y popular, brilla sin nubes en nuestro cielo cristiano, y cuya influencia hace florecer tantas virtudes en las almas que no se sustraen á ellas, envolviéndonos á todos con ese sentimiento instintivo de su presencia, que constituye el pudor público y obliga al mal á ocultarse, era *enteramente* desconocido al mundo antiguo. El politeismo idolátrico era el eclipse de Dios en esos dos caractéres esenciales de *unidad* y de *santidad* que asocian en el dia á su nocion la unanimidad de las inteligencias. La filosofía mas sublime, como en un Platon y un Ciceron, le relegaba al dominio del ideal y de la abstraccion, le rehusaba la independencia creadora, le despojaba de toda relacion personal y práctica con la humanidad, y asociaba su concepcion á los sistemas mas insensatos y á las torpezas mas inmundas. La Naturaléza, esta gran Naturaleza en la que leemos tan visiblemente el nombre divino, no solamente no reunia á su magnífico testimonio el espíritu humano estraviado, sino que sufria sus aberraciones, y por el hecho de disfrazar á todas las criaturas humanas en divinidades y de po-

nerlas en el lugar del solo Dios Creador, se veia como forzada á coadyuvar á su ultraje. ¡Qué trastorno! Si un solo hombre en el dia adorara á Apolo en el sol, á Diana en la luna, á Anfítrite en la mar, á las Náyades en los rios, á las Driadas en los bosques etc., y mírase á toda la Naturaleza bajo este aspecto, sería tenido por loco. ¡Y todos los hombres la veian entonces así! ¡y el género humano padecia esta locura! y Sócrates, sí, Sócrates, en todo el brillo de su proceso y de su muerte, disculpándose de la sabiduría que le atribuimos como de una locura, esclamaba ante sus jueces y ante la posteridad. «En el nombre de estos mismos dioses de que ahora se trata ¡qué! ¿no creo yo en los dioses? ¿No creo *como los demás hombres que el sol y la luna son dioses*? Nada menos que eso. ¡Yo creo en los dioses mas que ninguno de sus acusadores, y Melito ha promovido contra mi esta acusacion solo para insultarme! (1).» Y en efecto, vémosle deshonrar su muerte con el sacrificio de su gallo á Esculapio, y segun atestigua Platon, con un himno á Diana y á Apolo.

¿Debemos admirarnos, despues de esto, que esa misma Naturaleza, cuya voz no se oia en lo esterior, fuese escuchada en lo interior, y que costumbres *contra natura* hayan sido dignas hijas de esa oscuridad que envolvia á su autor? San Pablo ha impreso sobre este punto particular al mundo pagano, y especialmente á sus pretendidos sabios, un estigma ardiente que ha permanecido siendo como el sello de la verdad sobre el paganismo. «Porque habiendo conocido á Dios por el testimonio que de El nos dan sus obras, no le glorificaron como á Dios, sino que colocaron la mentira en el lugar de la verdad de Dios, dando culto y sirviendo á la criatura, en vez de adorar al Criador, y jactándose de sabios, pararon en ser unos necios. Por lo cual, Dios los abandonó á los deseos de su depravado cora-

(1) Platon. *Apología*, t. I.

zon, y á pasiones infames, ultrajando ellos mismos sus propios cuerpos, y recibiendo en sí la paga merecida de su obcecacion.» (1)

De aquí todas las costumbres antisociales y antihumanas del mundo antiguo; la esclavitud, la servidumbre de la mujer, el sacrificio del hijo, la piedad para con el pobre sofocada como un vicio; las hecatombes humanas satisfaciendo á la sociedad con sus espectáculos; la sangre mezclada al deleite por do quiera; desconocido el derecho de gentes; el estranjero sinónimo de enemigo; la Patria fundada en la violacion de la naturaleza y erigida en divinidad á quien se hacian inmolaciones; ritos monstruosos de locura é impudor; costumbres en que no se reconocia en nada la humanidad, y que eran su ruina y destruccion.

Sólo conocemos imperfectamente el Paganismo, porque el mal no se acusaba en él á sí mismo, porque ninguna institucion ni doctrina alguna inmutable y santa de verdad y de virtud, como la Iglesia fundada en Jesucristo, le hacia manifestarse tal cual era, combatiéndole, y porque, á la manera de un rio fuera de madre, corria sin ruido, por no tener orillas. Nosotros, los cristianos, entre quienes el mal, por grande que sea, no puede prevalecer sobre el sentido cristiano que lo humilla y lo retiene en la ignorancia, cuando no lo reprime, inducimos que no debia ser tan grande entre los Paganos, puesto que no sublevaba la conciencia humana. Pero esto consistia en que el mal era dominante, reinaba. El mundo pagano no conocia *el escándalo*. Lo que hubiera debido humillarlo, lo realzaba. Así es, que cuanto mas penetramos en este mundo, y lo profundizamos á la luz del Cristianismo, mas mónstruos vemos salir de su seno. Era como las capas antidiluvianas á

(1) *A los Romanos*, I, 21, 27.

los ojos de la Geología. Era necesario el Cristianismo para conocer el Paganismo (1).

Júzguese por la siguiente página de Eusebio, todavía bastante aproximado al Paganismo, para que tenga su asercion el valor de un testimonio, y que confirma, por otra parte, con sus sabias notas M. Seguier:—«Lo que considero como el mayor signo de la potestad divina y misteriosa del Salvador, lo que nos dará, atendiendo á ello, la prueba mas convincente de la verdad de su Doctrina, es que á su sola voz, y por la propagacion de su enseñanza en el Universo, fueron reformadas todas las costumbres, hasta entonces feroces y bárbaras, de las naciones, cosa que no habia podido obtener ninguno de los hombres eminentes que aparecieron en la duracion de los siglos. Desde entonces, en efecto, los Persas no se casan ya con sus madres; los Escitas no devoran ya á sus semejantes. No se ve ya á hermanos ni á padres unirse con sus hermanas y sus hijas, ni abrasarse los sexos con ardor culpable por los séres del mismo sexo, solicitando placeres *contra natura*; no se ve ya arrojar por pasto á los perros y á los pájaros los padres cuya existencia se prolongaba demasiado, como se veia entre los Mesagetas, los Derbises, los Seircanios, los Tibarenios y los Caspios. Ya no hay festines, segun el antiguo uso, en que servian de manjares los séres mas queridos; ya no hay sacrificios humanos á los dioses y á los demonios, ni inmolacion de objetos de nuestros mas tiernos afectos, bajo pretesto de Religion. Tales son los horrores, con otros mil semejantes, que cubrian de infamia, en otro tiempo, á todo el linaje humano.» (2)

(1) Recomendamos especialmente sobre esto la profunda obra *Judaismo y Paganismo*, por el doctor Doellinger, (el antiguo, no el *viejo*) En ella se hace una fria exhumacion del Paganismo, que no por eso deja de ser menos espantosa.

(2) *Preparacion evangélica*, t. I.

Ruego que se note que todos estos horrores no se consideraban como escesos. Por lo contrario, abreviábase la ancianidad de los padres por compasion á ellos; inmolábase los hijos á los Dioses tambien por compasion, y se alimentaban con ellos, porque asi se hacia con las demás víctimas.

La fornicacion y la prostitucion iban anejas al culto religioso y formaban parte del mismo.

Pudiera muy bien decirse que eran pueblos bárbaros y que no representaban la civilizacion de la Antigüedad. Pero estos pueblos bárbaros constituian entonces las tres cuartas partes del género humano. Todos los pueblos del Asia, los Persas, los Babilonios, los Asirios, los Tirios, tenian mas ó menos estas costumbres. De ello puede juzgarse por las precauciones que se vió obligado á tomar Moisés para preservar de ellas al pueblo judío, y en las que se especifica la inmolacion de los niños á Moloch, el crímen de Pasifae, el Onanismo usado como práctica de religion en los santuarios y otras abominaciones que no pueden nombrarse.

Respecto de las naciones civilizadas y de su reina la Grecia, no tengo mas que remitirme á la *República* de Platon. Independientemente de las concepciones propias de este príncipe de los filósofos, tales como considerar á los hombres como un rebaño, y á las mujeres como á perros (1), de prescribir la desnudez (2), la promiscuidad (3), el aborto (4), el infanticidio (5), el incesto (6), el *redil comun*, con prohibicion á las madres de intentar reconocer en él á sus hijos (7), etc., se

(1) *La República*, t. IX, pág. 255 de la traduccion Cousin.
(2) Id., pág. 272.
(3) Id., pág. 272.
(4) Id., pág. 272.
(5) Id., pág. 278.
(6) Id., pág. 278.
(7) Id., pág. 275.

ve, que el *amor* solo tenia allí un nombre que no nos atrevemos á decir, y no se entendia en ningun modo del que ha infundido la naturaleza entre ambos sexos. Este se dejaba para las *gentes del pueblo y para los bárbaros*. Aquel, merced á la *gimnástica y á la filosofía*, era un amor de eleccion, como *principio de las grandes obras y de las amistades vehementes*, y era cultivado en las constituciones sociales mas ponderadas: en Atenas, en Lacedemonia, en Creta, en Elide, en Beocia. «En cuanto al *verdadero amor*, las mujeres no tienen parte alguna en él,» dice Plutarco con todos los *sabios* de la Antigüedad.

Echemos el velo del Cristianismo sobre estas ignominias, y omitamos hablar aquí del mundo romano, desde el dia en que cesó de ser bárbaro para ser civilizado, es decir, mas refinado en el crímen por una corrupcion, que hizo de él el sumidero ó albañal de todas las corrupciones del género humano.

¿Es esto decir que no tuvieran virtudes los antiguos? No. Podria decir muy bien, pasando estas virtudes por el crisol del Cristianismo, con San Agustin: *Virtutes paganorum sunt vitia*, y con Descartes: «Lo que llaman con tan bello nombre no es mas que insensibilidad, ú orgullo, ó desesperacion, ó parricidio (1).» Prefiero atenerme á esta observacion de M. de Bonald, cuya exactitud nadie puede desconocer: «Los escritores descontentadizos, solo observan los vicios en los pueblos cristianos, porque las virtudes son en ellos el estado ordinario y *único autorizado;* asi como los entusiastas solo advierten entre los paganos las virtudes, porque el vicio era en ellos el *estado comun y permitido por las leyes* (2).» Testigo la incorruptibilidad de Fabricio, la continencia de Escipion, y otros hechos memorables de esta clase, que grababa la Antigüedad

(1) *Discurso sobre el método.*
(2) *Del divorcio.*

en mármol y en bronce, y cuyo elogio haria ruborizar actualmente al que lo hubiese merecido.

Es preciso reconocer, sin embargo, por honor de nuestra naturaleza, que por inferior que sea al Cristianismo, era superior al Paganismo; y esto tambien mide el abismo que separa á los dos estados. El hombre valia mas que sus dioses. Y á esto, á esta grandeza nativa del alma humana, *naturalmente cristiana*, debe referirse todo cuanto encontramos en los Antiguos, bueno, verdadero, bello, puro y conservado por inspiracion de este Verbo eterno, su tipo y su ideal, esperando que viniera á sacarla de su esclavitud. A la manera que una doncella de noble condicion, que expía su caida en el lazo del que la ha seducido, por medio de la rebelion de su antiguo honor contra el yugo que soporta, sin tener por sí misma, fuerza para romperlo, asi la naturaleza humana no se pertenecia en aquel tiempo. Hallábase *poseida*.

Dos cosas hay en este estravio prodigioso del genero humano: la flaqueza humana, falible por naturaleza; despues, á consecuencia de la ventaja que habia dado sobre ella al Espíritu del mal, sucumbiendo á él la primera vez, la tiranía de de éste.

¿Quién no conoce ese imperio vergonzoso y sin embargo que llega á ser como irresistible, que adquiere el Mal mas y mas sobre sus víctimas, y esa propension á descender en sus abismos, á que las sujetó la primera caida? Y eso que en el dia, solo tenemos una idea imperfecta de ese imperio del Mal, gracias á Jesucristo que nos ha dado el medio infalible de levantarnos de él, y que aun respecto de aquellos mismos que no han recurrido á él, lo tiene enfrenado por las costumbres públicas. No hay duda que aun le es dado, no obstante hallarse aplanado por el pie del Libertador, *armar azechanzas contra su calcañar*, (1), por el honor y el mérito del combate. Pero

(1) Genesis, III, 15

este combate puede hacernos concebir lo que deberia ser la esclavitud del género humano con este terrible enemigo. No que le estuviera de tal suerte enfeudado, que faltara absolutamente al alma humana el auxilio divino, pero hallándose especialmente reservado al Sacrificio de Jesucristo la plenitud de este auxilio en su efusion universal, puede decirse que el Mal era hasta entonces como el *Príncipe de este mundo*.

Y tal es el nombre que se le ha dado en el Evangelio por Jesucristo al anunciar que viene á arrojarlo fuera: *Princéps hujus mundi ejicietur foras* (1), indicando de esta suerte, no ya el mal abstracto, sino una Potestad malhechora personificada en una naturaleza superior, que fue la primera que cayó desde toda la elevacion del cielo por su rebelion contra Dios, y á quien ha sido dado probar al hombre por medio de la tentacion, para procurarle el premio de haber obrado bien resistiendo á la seducion de obrar mal: el Angel apóstata, el Demonio y sus legiones infernales.

En el dia ya no creemos en él, porque ha sido reducido á ocultarse; porque se lleva en cierto modo á sus víctimas por la espalda, en lugar de llevárselas por delante como antiguamente. Pero el género humano ha creido siempre en él, y esta creencia ha formado cuerpo con la de la caida original, cuyo instigador fue este mal Genio, y con la fé en el Libertador, que debia libertar de él al mundo. En otra parte hemos emitido ya testimonios universales de esta creencia, cuya verdad puede apreciar cada cual en su esperiencia sicológica (2). Todos los pueblos han creido en este infernal poder, con los nombres de Atéa, de Alastor, de Arimanes, de Tifon, de Belial, de Sátanas, etc. (3).

(1) San Juan XIII, 31; XVI, I, etc.

(2) Véase los Estudios: *Tradicion universal sobre la caida*; t. II. y *de los chilagios* t. IV.

(3) Todos los antiguos pueblos de Persia veian en Arimanes, pala-

Es ese negro Espíritu que aparece especialmente en ese estravío del mundo antiguo comparado con el mundo moderno. No puede menos de vérsele allí; pues hasta tal punto se hace traicion, ó mas bien, se ostenta. No es, repito, la simple flaqueza humana, sino la potestad de otra naturaleza, empleando y dirigiendo hacia el mal su superioridad sobre esta, y conduciéndola á él hasta hacerselo adorar. La idolatria no era solamente un resto del teismo, lo *Divino* descompuesto, pero conservando siempre hasta cierto punto su carácter. Era lo *Infernal* deificado. Era la locura y el crímen embriagando á la desdichada humanidad con sus orgías y abrumándola con todo el peso de su Religion. Era el mundo satanizado. Asi se nos aparece la Idolatría con todo su acompañamiento de bacanales, de lupercales, de saturnales, de prostituciones religiosas, de priapeas, de crueles sacrificios, de misterios impuros, de ignominias sin fondo, de divinas maldades.

No son los Cristianos los únicos que han denunciado á los demonios en los dioses. La misma humanidad pagana, no obstante ser tributaria de estos infames espíritus, entreveia bien, bajo sus nombres mitológicos, el fondo de su naturaleza, sin señalar término humano á su perversa dominacion: «¡Oh Divinidades criminales!» gritaba por boca de Eurípides, en pleno teatro de Atenas ¿«es pues justo que vosotras que nos dic»tais leyes, seaís sus primeras violadoras? Si aconteciera que »*un dia* os hicieran los hombres sufrir el castigo de vuestras »violencias y de vuestros criminales amores, en breve Nep-

bra que significa el SÉR OCULTO EN EL CRÍMEN (¡notable espresion!) lo que los Egipcios veian en *Tifon* á quien llamaban tambien *Seth* «que equivale, segun Plutarco, á SUPLANTADOR, DOMINADOR, FORZADOR.»— A consecuencia de la seduccion que Arimanes ejerció en el primer hombre y la primera mujer, se corrompió su naturaleza, y esta corrupcion infestó toda su posteridad (ANQUETIL DUPERRON, *Mem. de la Acad. de las Inscripciones* t. XXXVII p. 183, etc.

»tuno, Apolo, y su Júpiter, rey del cielo, os veríais obligados »á despojar vuestros templos para pagar el precio de vuestras »maldades. Cuando vosotras os dejais arrastrar de pasiones »indignas ¿es de estrañar que sucumban á ellas los mortales! »y cuando nosotros imitamos vuestros vicios, ¿somos nosotros »los culpables ó aquellos por quienes arreglamos nuestra con»ducta?» Anatema tanto mas atrevido cuanto que es puesto en boca de un servidor de su culto, de un Eliacin, fruto y víctima de su lascivia (1). Arrancando en otras partes con mano mas atrevida aun, su última máscara á la Idolatría, y poniendo al desnudo su fondo satánico: ¡«Ah! si fuera un mal demonio, si fuese el negro Alastor quien me hubiese engañado bajo la forma de un Dios!» hace decir á Orestes, impulsado por Apolo al parricidio. (2)

El negro Alastor bajo la forma de los dioses, hé aquí la palabra de la Idolatría y de todas sus horribles prácticas; del creciente estravío del género humano decaido originariamente, á instigacion de este poder malhechor, que le tiene encorbado, *en la region de las sombras de la muerte*, de donde solo el Cristianismo vino á levantarlo. Este *dia* apenas deseado por Eurípides ¡tan superior á las fuerzas humanas consideraba el acontecimiento! en que esas *divinidades criminales*, Neptuno, Apolo, Júpiter y los demás, se verian obligados á *despojar sus templos para pagar el precio de sus maldades*, ha lucido en el mundo en JESUCRISTO, que es el único que ha tenido el poder de exorcizarlas: «Despojando á los principados y potestades infernales y clavándolas á su Cruz, despues de haber triunfado de ellas en su propia persona,» como escribia San Pablo á los Colonicenses! *Et ipsum tulit de medio, affigens illud Cruci; expolians principatus, et potestates traduxit*

(1) En la tragedia de *Io*.
(2) *Electra*.